



THE AGONY OF A NEUTRAL? SPAIN AND THE FIRST WORLD WAR

¿La agonía de un neutral? España y la Primera Guerra Mundial

Emilio Sáenz-Francés

Universidad Pontificia Comillas ICAI-ICADE
e.saenzfrances@comillas.edu



Autores

José Manuel Sáenz Rotko

Universidad Pontificia Comillas ICAI-ICADE
jmsaenz@comillas.edu

This article examines Spain's position in the international arena at the start of the First World War and the country's role in the system of alliances that contributed to the outbreak of hostilities in 1914. The war had an important effect on Spanish domestic politics, as well as the economy, aspects that will be covered in depth. Special attention will be paid to the positioning of the main political parties and public opinion in relation to the two warring power blocs. Even without taking a direct part in the conflict, Spain's neutrality had a significant and enduring effect on its political evolution, deepening the internal crisis of the "Restoration" regime. One hundred years later, Spaniards still turn their curious eyes to a war that – even if only witnessed by their ancestors as neutrals – had an important impact on the configuration of their country's own internal history. The article will cover the perspectives from which the war is seen nowadays in Spain.



Abstract

Spain, War, Crisis, Nationalism, Economy, Commemoration
España, guerra, nacionalismo, economía, conmemoración.



Key words

Recibido: 1/04/2015. Aceptado: 27/04/2015



Fechas

El artículo aborda la posición internacional de España al comienzo de la I Guerra Mundial, y el encaje del país en el sistema de alianzas que facilitó el estallido del conflicto. La guerra tuvo un importante impacto en la política interna española, así como en la economía del país; ambos aspectos son abordados con detenimiento en el artículo. Se presta así mismo especial atención a la actitud de los partidos políticos y la opinión pública de la época con respecto al conflicto, ya que –aun no tomando parte en la contienda– esta tendría un efecto significativo y de larga duración en la política española, profundizando la crisis de la Restauración. Tras cien años, los españoles todavía vuelven una mirada curiosa a una guerra que –incluso sólo contemplada por sus antecesores como neutrales– tuvo un impacto fundamental en la configuración de su propia historia. El artículo aborda, así, también la perspectiva desde la que el conflicto se recuerda hoy en día en España.



Even to observe neutrality you must have a strong government.

Alexander Hamilton

La Primera Guerra Mundial estalló con una España en crisis y decadencia. El régimen de la Restauración vivía una lenta agonía desde el desastre de la guerra contra Estados Unidos de 1898. El comienzo del siglo XX no mejoró las cosas. El anarquismo se hacía presente, engolfado tras el asesinato de una de las grandes promesas del régimen, José Canalejas, mientras que otra de ellas, Antonio Maura, había perdido parte de su prestigio político tras la Semana Trágica de Barcelona de 1909 (Marco, 2013). El ejército español, anticuado y atrofiado por una oficialidad tan numerosa como ineficaz, se desangraba en una inútil guerra colonial en Marruecos, donde se encontraba desplegado lo más granado de unas fuerzas que no podían asumir –en ningún caso– el afrontar, ni por números, preparación o equipamiento, un conflicto que enfrentaba a los colosos militares de aquel tiempo. La política apenas mostraba un balance más esperanzador. La de 1876 sigue siendo la constitución española más tiempo vigente, pero los gobiernos que produjo apenas respondían a una auténtica representatividad parlamentaria, burdamente adormecida a través del perpetuo recurso a prácticas caciquiles por parte de los dos principales partidos de turno. Pese a ser aquella una democracia-ficción, la vida media de los gobiernos nunca alcanzó el año. España, en definitiva, no tenía ni la capacidad ni aun la voluntad para integrarse activamente en el sistema de alianzas europeo. Ni la Entente ni los Imperios Centrales contaban con ella como un factor decisivo. Para aquel pequeño y adormecido jugador, cuando el delicado equilibrio europeo estalló tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, se abría un escenario nuevo, plagado de peligros incluso para un neutral a fuerza de necesidad.

La Guerra comenzó, a ojos de los españoles, casi de manera inadvertida, inmersos como estaban en la modorra de los tediosos veraneos madrileños, con la corte desplazada al cantábrico para escapar del sopor de la capital. El diario ABC daba cuenta el mismo día de la declaración de Guerra por parte de Austria-Hungría a Serbia de la creciente tensión en los Balcanes, con un tono que –pese a lo desesperado ya de la situación– hacía pensar que esta era aun controlable («España ante el conflicto», 1914, p. 9):

Las noticias que se reciben del exterior demuestran que hay en todas partes muy acen- tuado aturdimiento y grandes temores de que pueda estallar al fin la conflagración ge- neral que se ha procurado evitar tantas veces; pero también se advierte en los Poderes que mas pueden influir en los aspectos y derivaciones del conflicto planteado el afán por que se mantenga el equilibrio europeo. Y a tal fin se realizan trabajos de parte de unas y otras naciones interesadas.

Ausente de Madrid el embajador Austria- con el encargado de Negocios de dicha Em- bajada comunicó anoche a nuestro Gobierno lo que va por telegramas de Prensa era sabido: que, habiendo parecido insuficientes al Gobierno las explicaciones dadas por el de Belgrado, Austria había retirado de aquella capital a su representante y había roto sus relaciones con Servia (sic.).

Apenas una semana más tarde los perros de la guerra habían sido definitivamente desatados, pero los observadores españoles, ni aun los de los propios contendientes, alcanzaban a vislum- brar la hecatombe que estaba a punto de desencadenarse sobre Europa. Sorprenden las pala- bras de Jose María Salaverria (1914, p. 2) en un artículo titulado «Ficción Guerrera» del tres de agosto, en las que el enfrentamiento que se iniciaba casi se celebraba, desde una perspectiva darwinista –difícil de conciliar con las lecciones posteriores del siglo– con una inquietante mezcla de emoción y ansia.

Con todas las reservas que nuestro humanitarismo nos merece, ¿cómo negar que todos, en el fondo, al iniciarse una guerra, sentimos ese particular estremecimiento gozoso del espectador? La curiosidad humana necesita el espectáculo; y no hay un espectáculo más escalofriante que el de la guerra.

La guerra conserva aún grandes prestigios; no en vano ha ocupado la imaginación de los pueblos casi con tanta fuerza como el arte y la religión. Un encanto imaginativo de tal intensidad no ha podido consolidarse sino con la colaboración de enérgicos estimulan- tes. Pocas cosas, en efecto, son tan brillantes y arrebatadoras como una batalla y como la vida del soldado. Desde niños nos inclinamos a plagiar los actos de la guerra, y así como una chica busca instintivamente el halago de una muñeca, el muchachito improvisa con cualquier palo un sable y se lanza quiméricas batallas. Tal como si la maternidad fuera el destino primero y único de la mujer, y el destino del hombre, la guerra.

En un tono más estrictamente periodístico, dos días más tarde, el 5 de agosto, se informaba de la evolución de unos acontecimientos que convertían definitivamente al conflicto en ecumé- nico y sobre las contradictorias noticias de primeros enfrentamientos en el campo de batalla (Salaverria, 1914, p. 4):

Noticias confirmadas fueron la declaración de guerra de Alemania a Francia, la modifi- cación del Ministerio francés. Naturalmente, no faltaron los informes más caprichosos para todos los gustos y tendencias. Invasiones, victorias, derrotas, según el color del cristal con que se mira la cuestión.

De nuevo dos días más tarde, finalmente, la Gaceta de Madrid publicaba el Real Decreto que daba confirmación a la decisión del gobierno presidido por Eduardo Dato de declarar la más estricta neutralidad, para España y sus nacionales. Más allá de la pasión en las calles, la efervescencia de los intelectuales, las ambiciones del Rey y el sentimiento casi universal de que se abdicaba de participar en una hora crucial de la historia, España sería –inevitable- mente– neutral.

Más allá de la pasión en las calles, la efervescencia de los intelectuales, las ambiciones del Rey y el sentimiento casi universal de que se abdicaba de participar en una hora crucial de la historia, España fue –inevitablemente– neutral

La posición internacional de España. Una neutralidad «forzosa»

La posición de neutralidad asumida por el Gobierno presidido por Dato respondió a un ejercicio de realismo en política exterior, basado en la valoración racional de opciones y capacidades. La limitación extrema de las últimas condicionó las opciones y llevó a España a ejercer una neutralidad que Azaña denominó «forzosa, impuesta por nuestra propia indefensión» (Azaña, 1917).

España se encontraba en agosto de 1914 sin compromisos contractuales ni morales con ninguno de los países que se enfrentarían en la Gran Guerra. No había obligación alguna de entrar en la misma de ningún lado. Tampoco parecía interesar en demasía ni a Alemania ni a la Entente una España asociada al esfuerzo de guerra. España era un país periférico que poco podía aportar a los intereses de cada bando que no pudiera conseguirse de una España neutral. Por otra parte, ni el Gobierno ni la inmensa mayoría de la oposición pudieron identificar en una pugna continental por cuestiones balcánicas, coloniales y de hegemonía elementos conquistables mediante una beligerancia española. Los intereses de la adormecida política exterior española residían desde 1898 en el Mediterráneo occidental y el Atlántico africano, escenarios alejados del foco de la contienda general.

Aun si hubiera habido razones de interés nacional que aconsejaban la beligerancia, la situación de debilidad interna que atravesaba el país hacía poco viable la aventura bélica. El sistema de la Restauración acusaba un agotamiento manifiesto que la propia guerra iba a acelerar abruptamente. En lo económico, España se presentaba dependiente de importaciones vitales para la subsistencia y el desarrollo económico y, por tanto, vulnerable a las consecuencias de posibles embargos marítimos. La capacidad militar en tierra estaba limitada a unos 150.000 efectivos de los cuales la mayoría estaban destinados, sin grandes éxitos, a hacer valer el protectorado marroquí (Espadas Burgos, 2001, p. 105). En el mar, la Armada aun estaba esperando la entrega de los tres acorazados aprobados en 1908, hallándose bajo ningún concepto en condiciones de apoyar la participación española en una guerra europea. El propio Dato reconocía en una carta a Maura a las pocas semanas del inicio de las hostilidades (Lacomba, 1970, p. 389):

¿Nos empujarán los aliados a tomar partido con ellos como contra ellos? No lo espero... Y no lo temo porque deben saber que carecemos de medios materiales y de preparación adecuada para auxilios de hombres y elementos de guerra, y que aun en el caso de que el país se prestase a emprender aventuras, que no se prestaría, tendría escasa eficacia nuestra cooperación.

Así pues, la neutralidad pareció imponerse como única opción racional y contó, más allá de debates entre aliadófilos y germanófilos, con un respaldo sino unánime muy generalizado tanto de los partidos políticos representados en Cortes como de la opinión pública.

No faltaban, sin embargo, los oportunistas que a través del ejercicio de la misma esperaban poder cosechar pequeños triunfos en favor del prestigio internacional de España. Entre ellos se contaban el Rey Alfonso XIII y Romanones, que asumiría el gobierno a finales de 1915. Ambos, si bien con afinidades contrapuestas –Alfonso XIII afín a Alemania en base a su amistad personal con Guillermo II y Romanones cercano a la Entente–, lanzarían a partir de 1915 propuestas interesadas a uno y otro bando para tantear el precio y beneficio de una entrada de España en la guerra, o al menos una especie de no beligerancia.

España se encontraba en agosto de 1914 sin compromisos contractuales ni morales con ninguno de los países que se enfrentarían en la Gran Guerra

España a merced de los beligerantes: la neutralidad se convierte en impotente

En contra de lo que decidieron los demás países mediterráneos, que se habían decantado por la neutralidad al inicio del conflicto, España permaneció fiel a esta opción hasta el final. Italia, Portugal y Grecia acabaron la guerra como ganadores, Turquía como derrotada; España terminó la guerra desacreditada, como actor irrelevante. La explicación se halla en la incapacidad de España para defender su posición neutral. La neutralidad, como figura jurídica, entraña derechos y genera obligaciones. Requiere del sujeto que la ejerce una imparcialidad frente a los beligerantes no sólo en cuanto a los campos de batalla sino también en su propio territorio.

En los primeros meses bélicos, cuando todos los actores esperaban una rápida resolución, tanto Aliados como potencias centrales se dieron por satisfechos con una España neutral. Conforme se atisbaba una guerra de desgaste, el escenario español empezó a formar parte, por su creciente importancia como país suministrador, del mapa de la guerra al tiempo que cobraba importancia la guerra submarina alemana.

Fue precisamente la situación de carestía de suministros que España acuciaba, a pesar de su neutralidad, que hicieron caer el gobierno de Dato, sustituido por el Rey por Romanones. El conde no varió –formalmente– la posición gubernamental respecto de la guerra pero sí impregnó a la neutralidad de un carácter más flexible. Ya en verano de 1914, uno de sus periódicos se había manifestado abiertamente a favor de una política exterior proaliada (García Sanz, 2011, p. 288). Una vez en la dirección del gobierno, matizó la neutralidad en beneficio de una mayor apertura comercial hacia Francia y Reino Unido. Esto llevó a Alemania a redoblar sus esfuerzos, recursos y personal cualificado (a cuyo mando estaba nada menos que Wilhelm Canaris) para espiar y sabotear intereses aliados en suelo español y desacreditar a Romanones ante la opinión pública. Esto fue contestado a su vez por la Entente con la creación de su propio servicio de espionaje e insurgencia en la península.

España se fue convirtiendo gradual pero imparablemente en escenario de enfrentamiento entre los beligerantes, al más puro estilo de la guerra fría, con gobiernos españoles impotentes para ser más que meros espectadores. En abril de 1917, en uno de sus últimos actos como jefe del gobierno y a raíz del hundimiento a manos alemanas del buque mercantil *San Fulgencio*, el conde formuló una oferta a París y Londres para romper relaciones con Alemania y alinearse con la Entente a cambio de Tánger, Gibraltar y manos libres en Portugal. La respuesta aliada fue negativa, porque el precio exigido por España parecía no corresponderse con el escaso beneficio que podría suponer la asociación a una Entente que acababa de ser ampliado con la entrada en la guerra de los Estados Unidos. Igualmente negativa fue la respuesta interna española. El Rey forzó la dimisión de Romanones días después. Con el trasfondo de la exitosa revolución anti zarista en Rusia, no podía sino desautorizar cualquier acercamiento a la Entente.

Allucemas impuso una interpretación estricta de la neutralidad y equidistancia que fue seguida hasta el final de la guerra. No tuvo otro efecto que desacreditar el país totalmente, tanto ante el gobierno alemán como también antes las potencias de la Entente. Fue el inicio de una agonía, de una renuncia a gestionar la propia política exterior, en realidad de la cesión de soberanía española a las potencias beligerantes que ejercían una injerencia constante y flagrante en los asuntos internos del Estado. A lo largo de doce meses, los submarinos alemanes seguían hundiendo barcos mercantes españoles y accedían libremente a puertos de la península para las debidas reparaciones sin que generara reacciones más allá de las tan habituales como ineficaces

España se fue convirtiendo gradual pero imparablemente en escenario de enfrentamiento entre los beligerantes, al más puro estilo de la guerra fría, con gobiernos españoles impotentes para ser más que meros espectadores

protestas diplomáticas. En paralelo, París y Londres «extorsionaban» al gobierno para cerrar acuerdos comerciales preferenciales –como los de marzo de 1918–, siempre bajo la amenaza poco velada de cortar los suministros provenientes de Estados Unidos. La impotencia para defenderse con firmeza ante las permanentes violaciones de su neutralidad no fue sino el fiel reflejo de la inestabilidad política interna, manifestada en la galopante pérdida de credibilidad de los partidos de turno, la «insurrección» de las Juntas de Defensa y una tensión social, que los gobiernos –cada vez más efímeros– estaban lejos de saber gestionar.

Sólo durante los últimos compases de la guerra, en el verano de 1918, cuando la derrota alemana parecía ya sólo cuestión de tiempo, España volvió a abandonar su neutralidad absoluta. Habiendo sido hundida más de una cuarta parte de la flota mercante española (más de sesenta navíos), se trasladó un ultimátum a Berlín y Viena con el aviso de que a partir de aquel momento España procedería a requisar barcos alemanes y austríacos como compensación a futuros hundimientos de buques hispanos (Romero, 2001, p. 33). Nuevamente y de forma flagrante quedó evidenciado la impotencia española más absoluta. Berlín se mostró ofendida, informó de que consideraría este procedimiento del gobierno español como *casus belli* y torpedeó en las semanas siguientes otros cinco navíos bajo pabellón español. Puede que fuera ese el momento en que más cerca estuvo España de entrar en la guerra. Se hicieron consultas con los gobiernos aliados para averiguar su respaldo para el caso de romper relaciones con Alemania y declarar la guerra. Pero, al igual que en primavera de 1917, la Entente no mostró ningún interés en la participación directa de España –y menos cuando las cartas estaban echadas y sin esfuerzo ni mérito España podría reclamar en las negociaciones de paz su parte del botín–. Replicando, igualmente, el escenario de abril de 1917, en el gobierno tampoco había consenso y tanto el Rey como el ejército manifestaron una oposición abierta (Pardo, 2010, p. 61).

Así llegó el 11 de noviembre, día del armisticio. España había persistido en el mantenimiento de la neutralidad, no por sus propios deseos y medios sino porque ninguno de los dos bandos quiso forzar la entrada de España en la guerra a sabiendas de que no podía aportar una ventaja frente a una neutralidad violable hacia los intereses de cada uno. Como es lógico, la situación de debilidad mostrada durante la guerra no ayudó para que España ejerciera un papel en el diseño de la paz. No hubo tampoco reparaciones por los barcos hundidos y los apresados en los puertos neutrales tuvieron que ser entregados a los vencedores. Al menos fue invitada a formar –de forma transitoria– parte del Consejo de la flamante Sociedad de Naciones. Sin duda más que por su neutralidad, debe entenderse como muestra de reconocimiento por una iniciativa de ayuda humanitaria que dio cierto prestigio internacional a España durante aquellos años. Una iniciativa personal que –aunque no enmarcada en la política exterior del Estado– formó por la representatividad de su iniciador –el monarca Alfonso XIII– parte de la acción exterior del país.

Un neutral en la encrucijada

Y es que más allá de sueños y quimeras, quizás el resultado más palpable en términos de prestigio de la neutralidad española durante la I Guerra Mundial fue, a partir de 1915, el de la creación por iniciativa regia en el Palacio Real de Madrid de una oficina destinada a la mediación de distintas cuestiones relacionadas con los prisioneros de ambos bandos. La oficina se gestó en agosto de ese año, al pedir una ciudadana francesa al Rey que mediase para averiguar el paradero de su marido, desaparecido en combate. Gracias a la intervención directa del monarca se averiguó que aquel se encontraba prisionero de los alemanes. Fue el inicio de un empeño

La impotencia para defenderse con firmeza ante las permanentes violaciones de su neutralidad no fue sino el fiel reflejo de la inestabilidad política interna

encomiable que, desde ese punto de partida humilde y puntual, se desplegó en la forma de una organización ambiciosa y eficiente, en la que el Rey llegó a invertir un millón de pesetas de la época de su fortuna personal (Tusell & García Queipo de Llano, 2001, p. 300). Era sin duda la primera iniciativa de diplomacia pública de la historia de nuestro país, y colaboró a fortalecer la imagen internacional de España en los años de la posguerra. Pronto el elevadísimo número de peticiones –sobre todo francesas y británicas– derivó en un entramado burocrático mucho más sofisticado, que llegó a emplear a cuarenta personas, entre ellos tres diplomáticos, en una compleja organización que reflejaba el amplio alcance de sus acciones (Gracia Rivas, 2014, p. 61):

Desaparecidos; Información y correspondencia en territorios ocupados; Prisioneros; Repatriaciones de militares graves y enfermos; Repatriaciones de población civil; Internamiento en Suiza; Indultos; Conmutaciones de pena; Remesa de fondos a individuos o familiares en territorios ocupados y aislados durante tiempo del resto de la unidad familiar e Informes de las inspecciones de los delegados correspondientes en las embajadas españolas en Berlín, Viena y Roma.

Entre los beneficiados por la acción del monarca se encontraron, entre otros muchos personajes relevantes, el historiador belga Henri Pirenne. Aquella oficina constituye, en definitiva, en palabras de Javier Tusell y Genoveva García Queipo de Llano (2001, p. 301) el aspecto sin duda más positivo de un reinado eminentemente controvertido. Hoy, sin embargo, es algo casi olvidado y apenas rememorado. Sólo una novela, *Cartas a Palacio*, de Jorge Díaz, lo ha puesto en valor, desde la perspectiva de la ficción, aprovechando el empuje del centenario.

Toma el dinero y corre. Beneficios extraordinarios y el primer gran auge de los nacionalismos vasco y catalán

Uno de los efectos más notables de la Primera Guerra Mundial para España fue el económico. Al iniciarse las hostilidades, la primera reacción de una frágil economía como la española fue de pánico. Los lazos comerciales, importaciones y exportaciones... todo estaba en peligro. Fue un proceso vivido con especial intensidad en las dos regiones más dinámicas económicamente del país: País Vasco y Cataluña. El caso vizcaíno es sin duda paradigmático y nos centraremos en gran parte en él. La economía de Bilbao tenía, en aquel momento, entre sus bases más sólidas, el negocio de las navieras, por lo que el conflicto provocó incertidumbre y temor en las grandes y pequeñas compañías del sector. Al estallar el conflicto se suspendieron las sesiones de las grandes bolsas europeas y cundió el pánico. Previamente, el miedo bursátil anterior a la declaración de hostilidades, en París, ya se había contagiado a las bolsas españolas y entre ellas a la de Bilbao. Una vez iniciada la contienda, a primeros de agosto del año 14, la Junta Sindical del Colegio de Agentes de Cambio y Bolsa afirmaba, en una nota pública, su intención de mantener abierto el mercado de valores bilbaíno (Torrente, 1966, p. 253):

La Bolsa de Bilbao continuará abierta, aunque es natural y lógico que las operaciones escaseen, pero es muy conveniente que domine entre todos el buen sentido y tanto los bancos locales como los rentistas y capitales pequeños estén convencidos de que a Bilbao no le afecta, por ahora, el conflicto internacional y que todo debe seguir su marcha normal, prescindiendo de alarmas sin fundamento, perjudiciales para todos.

La nota se enmarcaba claramente en el contexto de total atonía de la institución y más que optimista, como la declara Torrente (1966), parece una llamada *desesperada* a salvar la situación.

Uno de los efectos más notables de la Primera Guerra Mundial para España fue el económico. Al iniciarse las hostilidades, la primera reacción de una frágil economía como la española fue de pánico

Los primeros meses del conflicto fueron de una incertidumbre muy marcada, reflejo, hasta cierto punto, de la que existía ante el desarrollo y la posible duración de una guerra que iba a diferir radicalmente de los anteriores conflictos bélicos de la historia. Y el mundo de las navieras no pudo sustraerse tampoco de la situación de incertidumbre generalizada que imperaba en los negocios bilbaínos, con más razón, si cabe, ya que el tráfico marítimo se había convertido en una actividad de alto riesgo ante la beligerancia marítima entre Gran Bretaña y Alemania.¹

A los industriales no les cabía sino esperar y confiar en una guerra corta, tras la cual pudiesen volver a la tan ansiada normalidad. Las ayudas, las notas tranquilizadoras tuvieron, en este caso, poco valor real, pues es palpable que el negocio se encontraba, físicamente, entre la espada y la pared. Las hostilidades no habían hecho sino empezar; los frentes y las ofensivas, sobre todo en occidente, se estancarían sin posibilidad de remisión. La guerra, en definitiva, prometía ser larga y dolorosa. Y pronto la particular naturaleza del conflicto se revelaría como una gran *oportunidad* para los negocios. Bilbao y Barcelona brillarían con especial fuerza; comenzaba la época dorada de los grandes negocios de coyuntura, al socaire de la neutralidad española (Torrente, 1966, pp. 255-256):

De pronto, en diciembre, la bolsa despertó al conjuro del mar. El mar como en tiempos de la Universidad y Casa de Contratación, con sus peligros y sus beneficios pingües.

Fue un auténtico boom naviero y comercial, reflejado tanto en los beneficios de las sociedades como en la espectacular constitución de nuevos negocios. La ligazón entre esta fiebre y la continuidad de la guerra es tal que el solo temor a una prematura paz en diciembre del 16, a propuesta de los Imperios Centrales, ralentizará, momentáneamente, la euforia del proceso. De cualquier modo los temores se disiparán pronto y el alza imparable continuó, pese al torpedeo de un gran número de barcos. La espectacularidad del 15 y del 16 será batida con creces en 1917. El éxito ante los temores de un posible final de la guerra, ante el bloqueo de los Imperios Centrales, ante las huelgas... son constantes pruebas de las que se salía airoso, y las navieras contagiaron su desbordante alegría a los bancos y a la minería. En Bilbao «todo el mundo habla de Sotas, de Nerviones, de Bilbaínas [...] como de una cosa conocidísima con la que las gentes están familiarizadas [...]» (Torrente, 1966, p. 259). Como ha destacado Juan Pablo Fusi (1975, p. 263), entre 1915 y 1918, se abrieron siete nuevos astilleros en la villa de Bilbao y en el Puerto de Pasajes; el tonelaje construido pasó de 40 tm. entre 1913 y 1916 a 320.000 tm. entre 1917 y 1920.

El caso de la economía vizcaína es, como vemos, elocuente, y se replicó de manera muy similar en Cataluña, la otra gran región industrializada del país. Allí también, tras el miedo inicial, el optimismo económico se desbordó, con resultados que excedían cualquier precedente. Así las cosas, mientras los combatientes sufrían y morían en Flandes y en Dogger Bank; en Polonia y Gallipoli, en España se vivía una hora feliz, llamada a ser corta, pero no por ello menos intensa.

En 1915 caía el Gabinete formado por Eduardo Dato. El artero conde de Romanones fue el encargado de formar gobierno, si bien era otra la personalidad que se perfilaba como fundamental en el nuevo gabinete: Santiago Alba² «[...] que por su capacidad, su preparación y

La particular naturaleza del conflicto se revelaría como una gran oportunidad para los negocios. Bilbao y Barcelona brillarían con especial fuerza; comenzaba la época dorada de los grandes negocios de coyuntura

1 Si bien la época de bloqueo y guerra submarina total aun no había comenzado (lo hará con toda su fuerza en 1917); lo cuando lo haga, no sería capaz de alterar la euforia del momento.

2 La cartera de Hacienda sería ocupada en primer lugar por Urzáriz, Alba quedaría en Gobernación. Tras la crisis de 1916 se convocarán nuevas elecciones, en las que se produjo el conocido como duelo Alba-Cambó, o lo que es lo mismo, centralismo vs. Lliga Catalana. En el nuevo gobierno Alba ocupará la cartera de Hacienda. La Lliga desplegaría, aun antes de conocerse los proyectos del ministro, una intensa campaña a favor del autonomismo en el Congreso.

su talento estaba llamado a jugar un papel protagonista, con mucho más que decir y hacer, frente al reto exterior e interior, que el menguado jefe de gobierno» (Menéndez Pidal & Jover Zamora, 1995, p. 350).

Alba, por sus posiciones políticas, se identifica totalmente con las denuncias de Joaquín Costa contra el régimen de la Restauración. Al político no le dolería denunciar, frente a la autocomplacencia de los dinásticos, que «en España más de la mitad de los españoles se acuestan con hambre» (Menéndez Pidal & Jover Zamora, 1995, p. 351). En su pensamiento se adivina lo que será la clave de su frustrado programa económico: reorganizar España desde las claves del regeneracionismo más ambicioso.

Una vez asentado, ya en 1916, en la cartera de Hacienda, los proyectos de Alba se revelarán como otro intento de abordar, de manera integral, los problemas estructurales de la Monarquía Canovista. Lo que se pretendía, en último término, era sanear las arcas del estado como vía hacia la vigorización del mismo. Todo un reto: «aportó veinte proyectos de ley que hubiesen cambiado la faz de España» (García Venero, 1969, p. 376). De todos los proyectos del ministro, el que interesa a este estudio es la Ley de Beneficios Extraordinarios (dada a conocer en junio de 1916):

La actual Guerra Europea, al trastocar la vida económica de todas las naciones, ha originado radicales cambios en el movimiento industrial y mercantil y, como resultado de ellos, un aumento notable en los rendimientos de los capitales en algunas ramas de la industria y el comercio. Así, mientras los Estados todos, y la gran masa de ciudadanos, sufren enormes daños en sus haciendas, como consecuencia inevitable de la trágica conflagración que estamos presenciando, ciertas colectividades e individuos recogen pingües beneficios, que precisamente la anormalidad de las circunstancias derrama sobre ellos a manos llenas; y como tales benéficos son obtenidos a costa de aquellos daños, un principio de verdadera justicia distributiva exige de los afortunados que contribuyan en la debida proporción a aliviar la suerte de quienes padecen los efectos funestos del mismo hecho que a ellos favoreció. (Extracto del Preámbulo de la Ley de Beneficios Extraordinarios. Citado en Ossa Echaburu, 1969, p. 349)

Alba no podía ser más sincero, y nada más normal que el rechazo que semejante proyecto despertó entre los grandes beneficiados por la guerra, fundamentalmente los grandes industriales vascos y catalanes. Será esta la última vez en largo tiempo en la que un interés común una a las élites vizcaínas más allá de su posicionamiento ideológico particular; la misma solidaridad oportunista tendrá lugar en el escenario catalán.³

La movilización del entramado financiero vasco-catalán contra la Ley fue del todo rápida, a la par de la política desplegada por la élite parlamentaria catalana. Pronto se oirán voces hablando de una medida represiva y desproporcionada. Los diputados, la prensa, todos los medios capaces de mover opinión, se pusieron sin fisura al servicio de la lucha contra el proyecto de Alba.

El resultado de todo ello excedió con mucho las circunstancias de una coyuntura económica determinada. Por un lado, pese a ser la española de la época una sociedad políticamente atomizada –y de manera creciente– el proyecto de Alba creó una solidaridad de coyuntura entre los partidos con representación del País Vasco y de Cataluña, y una entre las elites políticas y económicas de ambas regiones. Era necesario combatir, y hacerlo de manera coordinada, el

La movilización del entramado financiero vasco-catalán contra la Ley de Beneficios Extraordinarios fue del todo rápida, a la par de la política desplegada por la élite parlamentaria catalana

3 La ley preveía una contribución directa sobre los beneficios extraordinarios a partir de la superación de un 7% anual sobre el total de los capitales invertidos en operaciones industriales o mercantiles.

proyecto del ministro Alba. El resultado excedió con mucho el de una pugna parlamentaria. Supuso, muy al contrario, la eclosión definitiva de una potencia política ya existente en ambas regiones pero que es en este momento cuando, sobre todo en el País Vasco, se convierte realmente en una opción con voluntad de hegemonía: el nacionalismo. Así es, tanto en Cataluña de la mano de la Lliga Regionalista de Cambó, como sobre todo en Vizcaya, de la mano de un autonomismo moderado, dominado por el industrial naviero Ramón de la Sota, la Primera Guerra Mundial tuvo el efecto de hacer descollar al nacionalismo autonomista. En ambos casos esa fuerza política, frente a propuestas anteriores tan minoritarias como radicales, mostró una cara amable y posibilista, en la forma de la petición de un autogobierno que protegiese los intereses de las elites económicas y diese salida a las ansias sociales de reconocimiento de una identidad particular. La reacción de los partidos dinásticos fue definitivamente hostil, aterrados ante la perspectiva de que se alterase el equilibrio de poder. Si bien la Ley de Santiago Alba fue derrotada en las Cortes, las propuestas autonomistas vascas y catalanas no encontraron ningún tipo de recepción positiva. Todo lo contrario. Y tras la guerra, ambas sensibilidades retornarán, con ritmos y fases diferentes, a un radicalismo político que avoca ya a las tensas décadas posteriores, algunas de ellas de tinte funesto. En cualquier caso, para comprender el presente de la siempre compleja articulación territorial de España, comprender las claves de los efectos de la Primera Guerra Mundial en el País Vasco y en Cataluña es fundamental.

Con la guerra el ejército buscó de nuevo un protagonismo político perdido en los años anteriores, tras un siglo XIX dominado por los espadones

Una España a la deriva

Los beneficios de coyuntura tendrían en cualquier caso resultados colaterales adversos, sobre los que volveremos más adelante. Más allá de la descollante pujanza comercial vasco-catalana, y sus consecuencias políticas, pero en relación con todo ello, puntales tan febles como fundamentales del sistema entraron en crisis: el ejército, la legitimidad parlamentaria y la paz social.

Con la Guerra se había abierto una nueva era tecnológica y organizacional en los campos de batalla europeos, que exigían al bisoño ejército español una profunda actualización, si no quería ahondar aun más en su atraso e insignificancia. Cuando, al comienzo del conflicto, el gobierno promovió algo tan obvio como exámenes de aptitudes técnicas para el ascenso de comandantes, tenientes coroneles, y coroneles, comenzó a fraguarse un movimiento de contestación en los cuarteles que eclosionó finalmente en 1916 con el surgimiento de un movimiento juntero espontáneo en el seno del ejército –las llamadas Juntas de Defensa–. El asociacionismo militar se situaba fuera de la legalidad, y surgía como mecanismo de *defensa* de los intereses amenazados de la oficialidad, y –en menor medida– como vago estandarte de una serie de valores políticos conservadores, ante la emergencia de postulados partidarios, como hemos visto, de autonomía política en País Vasco y Cataluña, y renovación política y social. Los aliados temían que las Juntas respondiesen a labores conspiratorias alemanas; sin embargo, como ha manifestado Gabriel Cardona «la rebeldía de las juntas no iba más allá de un reformismo local y a corto plazo. Era la postura defensiva de un cuerpo cerrado, ajeno a las vibraciones de la España real» (Cardona, 1983, p. 60). La incapacidad, el puro temor, del gobierno a la hora de domeñar el ilegal movimiento juntero acabaría provocando la caída, en junio de 1917, de un nuevo gabinete de corta vida, este presidido por García Prieto. Se demostraba que la Restauración perdía el control de resortes clave de su propia existencia.

El ejército buscaba de nuevo un protagonismo político perdido en los años anteriores, tras un siglo XIX dominado por los espadones. Y había conseguido poner contra las cuerdas al gobierno y al

Rey. Fue justo en ese contexto cuando el autonomismo jugó la última carta al promover Francesc Cambó la denominada *Asamblea de Parlamentarios de Barcelona*. Era una llamada a deliberar dejando al margen a las Cortes y discutiendo, de facto, su legitimidad. El canto de cisne de un autonomismo al que no se le dio, como hemos visto, la más mínima oportunidad. La asamblea promulgaba ante el nuevo gobierno, presidido por Eduardo Dato, no sólo la concesión de una amplia autonomía para Cataluña, sino incluso una profunda revisión del régimen constitucional. Acabó siendo disuelta por el Gobernador Civil de Barcelona, y sus miembros fueron encarcelados. Aun no logrando sus objetivos, la Asamblea minó aun más la capacidad de acción de la Restauración en un momento crucial y erosionó profundamente la credibilidad de sus cimientos.

Pero lo más grave tuvo lugar en agosto de 1917 con la llamada Huelga Revolucionaria: la primera huelga general de la historia de España. Al socaire de las disfunciones producidas por la distribución de los beneficios de la guerra, en un contexto de alza generalizada de precios, la huelga fue planeada como un medio –fracasado– para derribar –de forma abiertamente ilegítima– la Monarquía de Alfonso XIII (Carreras & Tafunell, 2004, pp. 231-232). Planteada con el conocimiento y connivencia de socialistas y republicanos, convulsionó profundamente la sociedad española y los cimientos del régimen en agosto de ese año. Vistos los ambiciosos objetivos, quizás resultó un fracaso pero aceleró la agonía del régimen. Para controlar la situación el gobierno de Eduardo Dato hubo de sacar el ejército a las calles, y con ello el movimiento juntero resultó así fortalecido políticamente (Cardona, 1983, pp. 62-63). Como ha expresado Gabriel Cardona, con la Huelga Revolucionaria «el sistema de la Restauración quemó sus últimas energías» (1983, p. 62).

En definitiva, la segunda mitad de la Primera Guerra Mundial en España fue la cristalización de problemas largamente larvados, el surgimiento de otros nuevos, y la del retorno de viejos fantasmas, como el de la intromisión de las Fuerzas Armadas en la vida pública. Erosionado políticamente, subvertido desde la izquierda, acumulando frente a él una creciente hostilidad en regiones clave y amenazado por un ejército que era –por un lado– el resorte imprescindible para mantener el orden social, pero que aspira ya en este momento a ser un actor político de pleno derecho, y no un instrumento al servicio del poder civil, el sistema se hundía sin remedio. Los dos gobiernos de concentración que intentaron estabilizar la situación, presididos por Manuel García Prieto y Antonio Maura, pese al carácter integrador del segundo y al apoyo explícito y apasionado del Rey poco o nada pudieron hacer, más allá de dilatar la vida parlamentaria normalizada. Así las cosas, al compás del armisticio y de los Tratados de Paz, la ensimismada España de la Restauración, en efecto, agonizaba entre la indiferencia y el olvido del resto de Europa. El embajador francés lo expresó con meridiana claridad en un despacho a París que casi cien años después pensamos sigue reflejando una realidad viva: «En el momento en el que todas las miradas se dirigen hacia el horizonte en el que se deciden los destinos del mundo, los españoles continúan dedicándose a sus pequeñas querellas intestinas» (Tusell & García Queipo de Llano, 2001, p. 320).

La segunda mitad de la guerra fue la cristalización de problemas largamente larvados, el surgimiento de otros nuevos, y la del retorno de viejos fantasmas, como el de la intromisión de las Fuerzas Armadas en la vida pública

Los ecos de un centenario

Resulta extremadamente difícil repasar o analizar la memoria de los españoles sobre la I Guerra Mundial transcurridos cien años de su comienzo. Como estado no solo neutral sino hasta cierto punto irrelevante durante el conflicto, el rastro de la guerra refiere a una etapa que ha recibido una amplia atención historiográfica, pero que hoy en día no goza de la misma atención que otras

posteriores –nos referimos fundamentalmente al Franquismo–. No sólo eso, lacerado en 2014 por una profunda crisis, no sólo económica, sino que ha penetrado hasta el tuétano del propio entramado institucional del país, no ha existido ni motivación ni empuje para que ninguna de las grandes instituciones culturales del país se haya interesado por organizar encuentros o exposiciones que desafiase unos planteamientos culturales demasiadas veces de vuelo bajo. En ese sentido apenas cabe destacar como excepción el seminario organizado por la AECID en la Embajada española en Londres sobre la neutralidad española, el 19 de noviembre de 2014, con la participación de especialistas de la talla de Paul Preston, David Stevenson y Francisco J. Romero.

Sea como fuere, el inicio de la conmemoración del centenario de la Guerra, a comienzos de 2014 en Lieja, contó con la presencia de los Jefes de Estado de la gran mayoría de los países contendientes, que incluyeron al recién proclamado Rey Felipe VI, que inició la agenda internacional de su reinado precisamente en aquel encuentro. Un pequeño aldabonazo a conciencias adormecidas que tuvo el valor de poner de manifiesto, aunque fuese de una manera tan tangencial como efímera, el carácter ecuménico de aquel conflicto, y su influencia en la configuración de la Europa actual. Algo en lo que España no podía quedar al margen.

En el terreno de exposiciones o actividades culturales, dentro del contexto descrito de vuelo extremadamente bajo, destaca quizás la labor del Centro Cultural Conde Duque de Madrid, que a finales de 2014 organizó un ciclo de conferencias: *La Gran Guerra. Una visión desde España*⁴, fundamentada en fotografías del Archivo General Militar de Madrid. Aquel esfuerzo coronaba actividades como un concierto conmemorativo y un humilde ciclo de tres conferencias vinculadas al ámbito estrictamente militar. La embajada de Francia, por su parte, organizó también en aquellas fechas una interesante exposición de una colección de impactantes fotografías estereoscópicas inéditas sobre la guerra, tomadas por el capitán Pierre-Antoine Henri Givord, y rescatadas de una tiendecilla en Tánger por el fotoperiodista Pablo San Juan. Restauradas por la casa de la imagen de Logroño, constituyen un interesante documento.⁵ La Federación Rusa se hizo presente en las conmemoraciones en territorio español organizando en su sede una modesta conferencia con «cerca de 40 fotografías y documentos sobre escenas de la contienda en el frente ruso» en colaboración con la Fundación Artistas Intérpretes Sociedad de Gestión.

Sea como fuere, a nuestro modo de ver, el empeño más completo en este ámbito ha correspondido a la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), que en noviembre de 2014 inauguró la exposición «Protagonistas de la España neutral»⁶. Un esfuerzo acompañado de un meritorio seminario «Las guerras de un siglo (1914-2014). España y la Europa del Sur»⁷ que contó con la presencia de destacados especialistas y con una nítida voluntad de internacionalización.

No sólo Madrid ha acogido exposiciones y eventos sobre la Gran Guerra. Ciudades como Soria, Valencia o Barcelona han diseñado actos en general de pequeña entidad para conmemorar el conflicto. En Barcelona, a caballo entre noviembre de 2014 y enero de 2015, la Fundación

El inicio de la conmemoración del centenario de la Guerra, en Lieja, contó la presencia de del recién proclamado Rey Felipe VI

4 Más información en <http://www.condeduquemadrid.es/evento/la-gran-guerra-una-vision-desde-espana/>

5 Más información en <http://www.abc.es/cultura/arte/20141112/abci-exposicion-fotografica-primera-guerra-201411112005.html>

6 Más información en http://portal.uned.es/portal/page?_pageid=93,44442834&_dad=portal&_schema=PORTAL

7 Más información en <https://canal.uned.es/serial/index/id/1473>

Joan Miró organizó la que sin duda es la más relevante «Barcelona, zona neutral en tiempo de guerra»⁸. Como afirmaba la propia web de la exposición, para Barcelona, el tiempo de Guerra significó «tiempo de grandes negocios, de grandes oportunidades, de movimientos ciudadanos y políticos, de vidas secretas y opulentas, de gran prosperidad y de grandes tensiones, es decir, explosión social y creativa». La exposición se centraba en el impacto sociocultural de la guerra, el dinamismo de la que en aquel momento era sin duda la capital de las vanguardias españolas.

Resulta, por otro lado, enormemente difícil abarcar la multitud de congresos y jornadas, de vuelo muy variable, celebrados durante 2014 para estudiar, desde una perspectiva netamente científica, el centenario de la Guerra. Las principales universidades públicas españolas han realizado encuentros de distinta índole en torno al enfrentamiento y a las claves de la neutralidad española. La Universidad de Sevilla celebró en noviembre de 2014 un interesantísimo encuentro en torno al papel de los neutrales en la guerra (*Undefended Neutrality*)⁹. Pocos meses antes, en mayo, la Universidad Autónoma de Barcelona había celebrado un Congreso internacional sobre la Primera Guerra Mundial: *La Gran Guerra y sus consecuencias, alternativas a la quiebra de la civilización liberal*, que vinculaba el conflicto a la historia posterior del periodo de entreguerras; un enfoque sin duda especialmente apreciado en España, ya que permite abordar el conflicto 1914-1918 desde la óptica de procesos posteriores cuya influencia en la historia de España es más fácilmente tangible. Son quizás los dos eventos, en este ámbito, más reseñables, dentro de una miriada de acciones de carácter de lo más variado, sin duda encomiables, pero que por su propia naturaleza y su inconexión –y en ocasiones su carácter anecdótico– no es menester reseñar en estas páginas.

Más allá de todo ello, lo más permanente de una conmemoración son las publicaciones que esta genera, que permiten consolidar un avance del conocimiento y la reflexión con respecto a un tema determinado. Las obras *mainstream* sobre la Primera Guerra Mundial editadas en el mundo anglosajón con motivo del centenario han tenido una notable repercusión en medios especializados y de divulgación histórica. El centenario, en efecto, ha sido un tema de relevante interés erudito. En lo que se refiere al panorama de producción bibliográfica en España a lo largo de 2014, el paisaje es mucho más matizable. Destacan sin duda dos valiosos trabajos. Uno –*España en la Gran Guerra. Espías, Diplomáticos y Traficantes* (2014)– de enfoque global, fruto de un proyecto de investigación de larga duración a cargo de Fernando García Sanz (2014), y otro de carácter más sectorial centrado en las cruciales relaciones con Francia durante el periodo, y la importancia del espionaje en España durante la guerra –*Nidos de Espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial* (2014)– de Eduardo González Calleja y Paul Aubert. Pero quizás la obra más reseñable es la de Maximiliano Fuentes Codera: *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural* (2014). Un ambicioso análisis de las repercusiones de las repercusiones del conflicto en el entramado ideológico-político del país, planteados como la fragua de las fuerzas y corrientes de pensamiento que dominarían España en las décadas posteriores. Fuentes Codera también coordinó en 2013 un número de la revista científica *Ayer: La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa* (2013), centrado en cuestiones similares.

Sin ser la Primera Guerra Mundial, desgraciadamente, un tema de atención preferente por parte de la historiografía española, no es un balance del todo negativo, aunque es dudoso que

Resulta enormemente difícil abarcar la multitud de congresos y jornadas celebrados durante 2014 para estudiar, desde una perspectiva netamente científica, el centenario de la Guerra

8 Más información en <http://www.fundacionmiro-bcn.org/exposicio.php?idioma=6&exposicio=5638>.

9 Más información en <http://congreso.us.es/greatwar/index.php?page=program>.

el centenario haya logrado encender un interés académico mayor que el de la efímera llama de la cerilla, incapaz de proyectarse en el tiempo largo en un número suficiente de publicaciones de solidez académica, nuevas tesis doctorales, etc. No podemos en este sentido dejar de citar, en un tono netamente divulgador, revistas generalistas, como *La Aventura de la Historia*, han contribuido encomiablemente a la difusión de los rasgos generales e importancia del conflicto en sus distintos números de 2014. Naturalmente, por estar estas páginas destinadas a ser parte de un número monográfico *Comillas Journal of International Relations*, nos abstenemos de valorar ese esfuerzo particular, al que nos sentimos tanto institucional como emocionalmente vinculados.

Cabe preguntarse, por último, qué sabe o recuerda el español de la calle sobre aquel conflicto y sobre cómo contribuyó a configurar su propia historia. No disponemos de datos empíricos, pero de haberlos, el resultado sería sin duda deprimente. Anestesiado en su valoración de la importancia de la historia, víctima de un sistema educativo fallido y de unos medios de comunicación en demasiados casos inanes, sólo una minoría de españoles han vuelto su mirada al periodo 1914-1918 y su trascendencia: no necesitaban un centenario para ello. Para la inmensa mayoría, nos tememos, por el contrario, que Guillermo II, Woodrow Wilson, Clemenceau, Lord Kitchener o campos de muerte como Verdún y Passchendaele constituyen un arcano indescifrable. En demasiadas ocasiones los españoles de hoy se lamentan de que su conflictiva peripecia en el siglo XX les excluyó de los grandes ritmos del resto del continente. Una exclusión fruto tanto de procesos políticos objetivos, como también de una negligencia por participar tomando como medio el conocimiento, el interés por comprender las claves del presente a través del pasado, más allá de tópicos y del eterno retorno a la Guerra Civil. Y es que poco más podrían decir esos mismos españoles sobre Antonio Maura o la Huelga Revolucionaria de 1917. Algunas veces, nos tememos, poco podrían decir sobre lo que en realidad es su país y las fuerzas que lo han configurado a lo largo del devenir de los siglos. Y ahí se encierran también las claves de un presente aun hoy atribulado.

*Cabe preguntarse
qué sabe o
recuerda el
español de la
calle sobre aquel
conflicto y sobre
cómo contribuyó
a configurar su
propia historia*

Bibliografía

- Azaña, M. (1917). «Los motivos de la germanofilia». Discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid en mayo de 1917. En V. Morales Lezcano (1985), *La intelectualidad del 14 ante la guerra. Cuadernos Historia* 16 (197), pp. 22-31.
- Cardona, G. (1983). *El Poder Militar en España hasta la Guerra Civil*. Madrid: Siglo XXI.
- Carreras, A. & Tafunell, X. (2004). *Historia de la Economía Española Contemporánea*. Barcelona: Crítica.
- Espadas Burgos, M. (2001). España y la primera guerra mundial. En J. Tussell, J. Avilés & R. Pardo (Eds.), *La política exterior de España en el siglo XX* (pp. 95-116). Murcia: Cátedra de Historia Contemporánea, Universidad de Murcia.
- España ante el conflicto (2014, 28 de julio). *ABC*, p. 9.
- Fusi, J. P. (1975). *Política Obrera en el País Vasco*. Madrid: Turner.
- García Venero, M. (1969). *Historia del Nacionalismo Vasco*. Madrid: Editora Nacional.
- García Sanz, C. (2011). *La Primera Guerra Mundial en el Estrecho de Gibraltar: Economía, política y relaciones internacionales*. Madrid: CSIC-Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- Gracia Rivas, M. (2014, octubre). Centenario I Guerra Mundial. Alfonso XII y la labor humanitaria de España. *Revista española de Defensa*. Año 27 (310), Octubre 2014. Recuperado de <http://www.defensa.gob.es/en/Galerias/documentacion/revistas/2014/RED-310.pdf>
- Lacomba, J. A. (1970). *La crisis española de 1917*. Madrid: Ciencia Nueva.
- Marco, J. M. (2013). *Maura. La Política Pura*. Madrid: Gota a Gota.
- Ossa Echaburu, R. (1969). *Riqueza y Poder de la Ría*. Bilbao: Librería Villar.
- Pardo, R. (2010). España ante el conflicto bélico de 1914-1918: ¿Una espléndida neutralidad?. En S. Forner (Ed.), *Coyuntura internacional y política española* (pp. 45-64). Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ramón Menéndez Pidal, R. & Jover Zamora, J. M. (Dir.) (1995). *Historia de España*. Vol. XXX-VIII. Madrid: Espasa Calpe.
- Romero, F. (2001). España y la Primera Guerra Mundial. Neutralidad y crisis. En S. Balfour, & P. Preston (Eds.), *España y las grandes potencias en el siglo XX* (pp. 17-33). Barcelona: Crítica.
- Salaverria, J. M. (1914, 3 de agosto). La ficción guerrera. *ABC Madrid*, pp. 2-4. Recuperado de <http://hemeroteca.abc.es/nav/Navigate.exe/hemeroteca/madrid/abc/1914/08/03/002.html>
- Torrente, J. A. (1966). *Historia de la Bolsa de Bilbao*. Bilbao: Bolsa de Bilbao.
- Tusell, J. & García Queipo de Llano, G. (2001). *Alfonso XIII. El Rey Polémico*. Madrid: Taurus.